

# CAPITULO IV

## Siglo XIX

1800, febrero 26.—“Fuerte temblor sentido desde Ecuador hasta Venezuela”. (Milne, John, “A Catalogue of Destructive Earthquakes”, London, 1906).

1805, junio 16, 3:15 a.m.—Comenzaba el siglo XIX y tocaba a su fin el virreynato, cuando este viose sacudido violentamente en su parte central geográfica, correspondiente a las villas de Honda y Mariquita. El hipocentro debió ser relativamente superficial pues en Bogotá no causó muchos daños, pero sí bastantes en Honda. Acaso tuvo su origen en alguna de las fallas de la Cordillera Oriental, frente a Honda. Triste y detallado es el cuadro que nos pinta Caballero, de lo que aconteció en esta ciudad:

Estado que manifiesta puntualmente los edificios arruinados y maltratados del terremoto acaecido el 16 del mes de junio de 1805, día domingo, á las tres y cuarto de la mañana, en la villa de San Bartolomé de Honda, de las personas que perecieron, heridos y maltratados y ruina de los edificios particulares.

Iglesia parroquial y vice-parroquia	1	1	-	-
Convento de San Francisco	1	-	2	-
Hospital de San Juan de Dios	1	-	7	2
La Popa	1	10	1	5
Barrio de la iglesia parroquial	1	1	10	7
Administración de aguardientes	1	-	2	1
Edificios de particulares	85	59	82	79
Calle de San Miguel	8	34	4	-
Alto de San Juan de Dios	18	20	3	4
Alto del Rosario —Calle 1a.	15	28	2	1
Calle 2a.	7	19	-	-
Retiro	16	153	3	6
Calle Real de San Francisco	35	-	-	-
Calle de Carnicería	4	21	4	3
Cuesta de San Francisco	1	7	1	1
Calle de las trampas	17	-	-	-
	212	353	121	109

NOTA.—El número de personas que han muerto no ha sido posible averiguarlo á punto fijo, y así solo se han puesto las que se han sacado de debajo de las ruinas y las que han sido conocidas, pues se cree, con fundamento, que muchos de los forasteros que siempre hay en esta villa, y los pobres, habían sido víctimas del estrago, pues todavía se hallan muchos edificios y no se han podido descubrir” (43, p. 76).

D. Manuel Nicolás Tanco presenta otro cuadro sombrío, firmado en Honda a 25 de junio de 1805, o sea 10 días después del terremoto:

“¡Clamor! que hacen los vecinos! de la arruinada villa de Honda! por medio! de su alcalde ordinario! de primer voto: a sus hermanos y compatriotas! del reino...

“El estado que manifiesta la ruina causada en la villa de Honda y sus habitantes, por el terremoto que experimentó el domingo 16 de junio a las tres y cuarto de la madrugada. Aparece en este cuadro que hubo 159 edificios completamente arruinados, 331 que amenazan ruina, 111 muertos y 113 heridos” (Biblioteca Nacional, Sección Quijano Otero, 83-85) (174, p. 170).

De Mariquita poco quedó sano, y algunas de sus derruidas iglesias y casonas todavía se pueden apreciar, en medio de sus viejos solares. En Santa Fe el terremoto no pudo pasar inadvertido:

“Antes de tres meses fue el temblor que arruinó la villa de San Bartolomé de Honda, y por fortuna se había descargado ya la parte vencida del edificio (la catedral). El temblor se experimentó el día 16 de junio a las seis de la mañana. En Santa Fe fue poco sensible: pero en Honda no quedó edificio en pie, muriendo varias personas, entre ellas un religioso franciscano” (85, T. II, p. 131).

“Llamose desde entonces Aguavieja á la quebrada de Soche, que nace en el cerro de La Peña, y que surtía de agua á una parte de la ciudad. En 1805 un derrumbe, causado por el memorable terremoto de aquel año, cerró el cauce. Desde entonces aquel arroyo es tributario del río Fucha” (97, p. 131, nota 3).

“El 16 de junio de 1805 se sintió un terremoto en la ciudad, que no causó daños graves, ni aun á la antigua catedral, edificio vencido, que habían abandonado los canónigos tres meses antes, temiendo se desplomase. El coro catedral se trasladó, por orden del virrey á San Carlos, iglesia que había permanecido cerrada desde la expulsión de los jesuitas, en 1767, y que se había reparado bajo la dirección del canónigo D. Fernando Caicedo y Flórez” (97, p. 198).

De Popayán dice D. Santiago Pérez Valencia:

“A las 3 de la mañana. Bastante notable, aunque no como en Honda” (39, p. 53).

La recuperación de Honda fue lenta, según comentarios de los viajeros que recorrieron sus calles años más tarde. Así D'Orbigny:

“Capital de la provincia de Mariquita, Honda es una villa importante por su situación. Ella era de mucha importancia antes del temblor de tierra que maltrató tan cruelmente las ciudades de Colombia. Muchas de sus casas e iglesias están aún en un estado de ruinas, como las dejó la catástrofe. Lo que queda en pie indica que fue una villa que conoció días de opulencia” (57, p. 83).

Hamilton, que pasó por Honda en 1824 dice:

“Honda parece haber sido una ciudad muy notable antes de que su mayor parte hubiera sido destruída por el terremoto que tuvo lugar en 1807 (debe ser error). El cataclismo ocurrió durante la noche y quinientas personas perdieron la vida en esta catástrofe espantosa” (90, p. 71).

Pero más curioso es que Hettner todavía se lamentaba a su paso en 1882:

“Las calles son angostas y sucias, las casas en su gran mayoría están construídas de piedra. Lo que más llama la atención es el gran número de ruinas las cuales como las de los puentes se deben al gran terremoto del año 1805. De este terremoto Honda no se ha recuperado del todo, a lo cual ha seguido la guerra de Independencia y las condiciones inseguras del comercio” (92, p. 40).

1806, julio 12, 10:30 p.m.—“Tembló la tierra el día 12 de julio de 1806, á las diez y media de la noche; no hizo daño” (43, p. 77).

1807, febrero 17, 12 a.m.—Sobre los daños de esta segunda tragedia en Tame (Casanare), coinciden tanto el indio gobernador del pueblo como el cura. El primero se dirige al protector fiscal de Santa Fe, con fecha 1<sup>o</sup> de abril de 1807:

“Don Narciso Toroca, gobernador del pueblo de Tame, de la real corona, a nombre mío y todo el pueblo, con el más humilde rendimiento postrados a los pies de vuestra señoría hacemos presente la situación lastimosa en que nos dejó un grande temblor y terrible tempestad que experimentamos el diez y siete de febrero último, arruinando nuestra iglesia y la mayor parte de sus adornos y cuasi todos perdidos. Asimismo veinte y siete casas del pueblo” (“Fábricas de Iglesias”, T. 19, folio 631. Archivo Nacional de Colombia).

El segundo, fray Ignacio Mariño, con igual fecha, se dirige así al virrey.

“La triste y desgraciada situación en que nos dejó el grande temblor y terrible tempestad del día diez y siete del pasado febrero me motivan a poner en noticia de vuestra excelencia que este pueblo lo experimentó en un todo la ruina de la iglesia y de veinte y siete casas. En el día nos hallamos celebrando los santos sacrificios en un corto pajarcito.

La pérdida que hemos tenido en los cortos adornos que dicha iglesia tenía, la puede considerar vuestra excelencia en semejantes ruinas. Y así suplico a la piedad de vuestra excelencia nos socorra para la reedificación del santo templo, dando la providencia que estime más conveniente para este santo fin” (“Fábricas de Iglesias”, T. 19, folio 630. Archivo Nacional de Colombia).

Por su parte el provincial de la Orden de Predicadores, fray Joaquín Cuervo, corrobora lo antedicho:

“El 17 de febrero próximo pasado, poco más de medio día acaeció en el pueblo de Tame de las misiones de los llanos de Casanare, que sirven los dominicanos, un terrible terre-

moto que desquartizó bastante la iglesia. Inmediatamente se siguió una tempestad y uracán, que acabó de llevarse la iglesia, haciendo un formidable extrago en sus altares y utensilios, quedando todo inservible. Esta noticia me la participa el cura misionero de dicho pueblo, que lo es el padre fray Ignacio Marino, en carta de 31 de marzo..." (Redactor Americano del Nuevo Reyno de Granada, número 12, p. 96, mayo 19 de 1807).

1809, enero 7.—En Bogotá:

"Tembló el día 7 de enero, por la noche, de 1809, pero lento, y volvió á temblar el día 15, dos veces, por la noche" (43, página 77).

1809, enero 15.—En Bogotá:

"A 15 tembló la tierra, por la noche, dos veces" (43, p. 112).

1812, marzo 26, Jueves Santo, 4:07 p.m.—La catástrofe del Jueves Santo en Caracas fue horrible y repercutió en casi todos los rincones de Venezuela y Colombia. No puede, quien esto escribe, dejar de reproducir aquí 3 manuscritos sobre la destrucción de Caracas, y publicados en diversas obras. El primero es del Pbro. Mariano de Talavera, que lo cuenta dos días después del hecho:

"El Jueves Santo, a las 5 de la tarde, al salir el señor obispo de la catedral de celebrar el lavatorio, comenzó un espantoso terremoto, que con la interrupción, de poco más de un minuto, arruinó enteramente esta ciudad. En un mismo momento cayeron la catedral San Francisco, el colegio de los jesuitas y todas las demás iglesias, en donde perecieron infinidad de personas que aún se ignoran. En el mismo momento cayeron todas las casas y mataron en las calles a todos los que corrían. El señor obispo con los curas del sagrario del Llano, varios capellanes y colegiales, perecieron al llegar a su palacio, que les cayó encima. En una palabra se conceptúan muertas más de mil quinientas personas, sepultadas bajo las ruinas, y con el desconsuelo de que no es posible sacar a algunos de los que se creen vivos, porque los restos de los edificios amenazan una próxima ruina, y sería locura acercarse a ellos. No ha quedado absolutamente casa que no

haya caído o esté para ello. Los temblores han continuado hasta la fecha con interrupción de media hora, más o menos" (62, p. 461).

El segundo manuscrito es de M. del Peche, el cual corrobora el de Manuel Palacio Fajardo, ambos citados por Humboldt, y por eso no reproducimos más que el primero:

"La sacudida que se sintió en Caracas en el mes de diciembre de 1811 fue la única que precedió a la horrible catástrofe del 26 de marzo de 1812. Ignorábanse en tierra firme las agitaciones que experimentaban el volcán de la isla de San Vicente por la una parte, y por la otra la cuenca del Missisipi, donde día y noche estaba la tierra en un estado de continua oscilación el 7 y el 8 de febrero de 1812. En esa época sufría la provincia de Venezuela grandes sequías. Ni una gota de agua había caído en Caracas y en 90 leguas a la redonda, en los cinco meses que precedieron a la ruina de la capital. El 26 de marzo fue un día cálido en extremo. El aire estaba en calma y el cielo sin nuves.

Era Jueves Santo, y una gran parte de la población se hallaba reunida en los templos. Nada parecía anunciar las desdichas de ese día. A las 4 y 7 minutos de la tarde sintióse la primera conmoción. Fue ella bastante fuerte para remover las campanas de los templos. Duró de 5 a 6 segundos, y fue al punto seguida de otro sacudimiento de 10 a 12 segundos, durante el cual parecía hervir el suelo como un líquido, en un movimiento continuo de ondulación. Creíase ya pasado el peligro, cuando un enorme ruido subterráneo se dejó oír. Era como el retumbo del trueno, pero más fuerte, más prolongado que el que se oye en los trópicos en la estación de las tormentas. Este ruido precedió a un movimiento perpendicular de 3 a 4 segundos más o menos, seguido de un movimiento de ondulación algo más largo. Las sacudidas eran en direcciones opuestas, de norte a sur y de este a oeste. A este movimiento de abajo arriba y a estas oscilaciones cruzadas nada pudo resistir. La ciudad de Caracas fue volcada de arriba abajo. Millares de habitantes (entre nueve y diez mil) fueron sepultados bajo las ruinas de las iglesias y de las casas.

La procesión no había salido todavía; pero la concurrencia en los templos era tan grande, que unas tres o cuatro mil

personas fueron aplastadas por las bóvedas que se desplomaban. La explosión fue más fuerte del lado del norte, en la parte de la ciudad más cercana al cerro del Avila y a la Silla. Las iglesias de la Trinidad y Altagracia, que tenían más de 150 pies de altura, y cuyas naves estaban sostenidas por pilares de 12 a 15 pies de espesor, han dejado una acumulación de ruinas que apenas se eleva a 5 ó 6 pies. El allanamiento de los escombros fue tan considerable, que en ellos no se reconoce hoy casi ningún vestigio de pilares y columnas. El llamado cuartel de San Carlos, situado más al norte de la iglesia de la Trinidad en el camino de la alcabala de La Pastora, casi enteramente desapareció. Un regimiento de tropa de línea estaba allí puesto sobre las armas para asistir a la procesión; y con excepción de algunos hombres, fue sepultado bajo los escombros de ese gran edificio. Las nueve décimas partes de la hermosa ciudad de Caracas del todo se arruinaron. Las casas que no se derrumbaron, como las de la calle de San Juan, cerca del hospicio de los capuchinos, se hallaban de tal modo agrietadas, que sin riesgo no se podía habitarlas.

Los efectos del terremoto fueron algo menos fuertes en la parte meridional y en la occidental de la ciudad, entre la plaza mayor y la quebrada de Caraguata. Allí la catedral, sostenida por enormes estribos, permaneció enhiesta" (96, T. III, pp. 13-14).

Francisco José de Caldas, en carta del 15 de abril a D. Antonio Arboleda, da la noticia y su opinión:

"Aquí en Tunja lo sentí y no fue considerable. En Santa Fe también se sintió pero sin daño. En Pamplona desplomó dos iglesias y creo que el foco es el nevado de las inmediaciones de Mérida, que seguramente es un furioso volcán" (62, p. 461).

Boussingault, en sus Memorias, recuerda lo que aconteció en Pamplona y Santa Fe.

"El temblor de tierra de 1812 fue fuertemente sentido en Pamplona, sin que resultara daño alguno. Parece, por otro lado, que las trepidaciones del suelo disminuían en intensidad a medida que las regiones se alejaban más y más de Caracas; así en Santa Fe de Bogotá las sacudidas fueron menos

pronunciadas... Pamplona encierra de 3.000 a 4.000 habitantes" (37, T. II, p. 166).

1812, abril 23.—En Bogotá. "Tembló otra vez el día 23 de abril, por la noche, del mismo año de 1812" (43, p. 78):

1812, mayo 28, 11:30 p.m.—En Popayán. "A las 11:30 de la noche. Bastante fuerte" (39, p. 53).

1814, julio 14.—En Bogotá. "A 14 de julio de 1814 tembló la tierra por la madrugada, bastante recio, pero muy pronto; por eso juzgo no hizo daño" (43, p. 78).

1814, noviembre 14.—En Bogotá. "A 14 de noviembre de 1814 volvió a temblar la tierra, por la madrugada" (43, p. 78).

"A 14, por la madrugada, tembló la tierra bastante recio, pero no hizo perjuicio alguno" (43, p. 202).

1814, noviembre 18, 11:15 p.m.—En Bogotá:

"A 18... En esta misma noche tembló, como á las diez y media, pero como á las once y cuarto fue más grande, por cuya causa se asustó y alborotó toda la gente, en términos que no quedó uno acostado; todos salieron á las calles y amanecieron en las puertas de las casas y tiendas y en las plazas, rezando á gritos por todas partes. La comunidad de San Francisco dio vueltas por la plazuela, cantando las letanías, de suerte que en medio del susto daba gusto ver á todas las gentes por todas partes, porque unos rezaban el rosario, otros el trisagio, otros las letanías de la Virgen, otros las de los santos, unos cantaban el Santo Dios, y otros la Divina Pastora, unos gritaban el Ave María, otros el Dulce Nombre de Jesús, unos lloraban, otros cantaban, otros gritaban, otros pedían misericordia y confesión, á gritos. En particular, las de mayor alboroto, eran las mujeres. Yo me reía á ratos de ver tanto movimiento, sin sino, como locos, pues ninguno sabía lo que hacía; y aun en aquellas personas doctas y de mayor civilización. ¿Válgame Dios, lo que es un susto repentino? y más si viene por la mano del Altísimo. Yo anduve en esta ocasión advertido, porque desde que sentí el primer movimiento, me persuadí que había de repetir,

y así me estuve en mi cama, aguardando con mucho cuidado y silencio, y al cabo de los tres cuartos de hora, sentí el segundo movimiento, pero como ya estaba sobre la advertencia, salté prontamente de la cama, y con la ligereza que pude, salí al patio, y desde allí llamé la familia. Salí después con mi mujer y nos fuimos á mi tienda, que tenía en la plaza, y entonces fue que observé lo que arriba llevo dicho. La plaza estaba llena de gente, con camas y multitud de faroles, de señoras y sujetos principales, como la representación nacional y demás, clérigos, y en fin, toda clase de gentes.

A 19 tembló por la noche, y repitió el 20, 22 y 23" (43, pp. 202-203).

1814, noviembre 19, 12 p.m.—Tembló en Bogotá y Popayán:  
En Bogotá:

"A 19 tembló por la noche, y repitió el 20, 22 y 23" (43, página 203).

En Popayán:

"A las 12 de la noche. Fuerte" (43, p. 53).

1816, noviembre 28, 9 p.m.—Noviembre 29, 2 p.m.—La zona afectada por estos dos temblores (el segundo probablemente réplica del primero), fue el sur de la república, entre Popayán y el Amazonas. En sus manuscritos de Popayán anota así el tantas veces citado Pérez Valencia:

"Desde fines de noviembre ocupó la ciudad el comandante D. Ruperto Delgado con el batallón 1 de Numancia. El 28 de este mes se sintió, a las 9 de la noche, un temblor lento de tierra pero el día siguiente a las 2 de la tarde fue el sacudimiento largo y de una fuerte repercusión, pero no causó estrago.

Quando pasaba Warleta por el páramo, como horrorizada la naturaleza de las desgracias de la humanidad doliente, se había experimentado allí otro sacudimiento, que los indios se arrojaban en tierra y se ahuyentaban del espanto" (Manuscritos del doctor D. Santiago Pérez de Valencia. "Sucesos notables y principales ocurridos en Popayán desde 1808 y pueden servir de memoria para la historia de la revolución de la misma provincia, p. 75).

El abanderado de Bolívar, Espinosa, que andaba huyendo por el Huila, lo sintió en la población de San Antonio:

“En San Antonio, una señora Bernarda Silva, a quien allí había conocido, me ofreció la mesa y posada, lo que le agradecí cordialmente.

Una noche en que todos los habitantes del pueblo dormíamos tranquilos, nos sorprendió un ruido extraordinario y un sacudimiento de tierra tan fuerte, que todos salimos sobresaltados a las calles. La gente, postrada en el suelo, pedía misericordia a voz en cuello. Yo me sentí aterrado, porque el movimiento era muy fuerte y se prolongaba mucho, repitiéndose por intervalos cortos; el cielo estaba nublado, la noche oscura, y se oían truenos a lo lejos, todo lo cual ayudaba a aumentar el miedo. Aunque yo había sentido en Santa Fe un temblor bastante fuerte, hacía nueve o diez años, ni había sido como este, ni yo conservaba idea bastante clara de él, porque entonces era un niño. Viendo yo que había cesado todo peligro, me fui a acostar, pensando icuál habría sido mi espanto si este temblor hubiera tenido lugar cuando estábamos en las faldas del Puracé! El resto de la población permaneció en vela hasta el amanecer. Por fortuna, el temblor, aunque fuerte, no ocasionó graves daños, y solo se supo, que fuera del pueblo, se habían abierto en la tierra anchas grietas, una de las cuales ocasionó la ruina de una pequeña casa pajiza y la muerte de algunos animales” (60, Vol. I, p. 177).

Quizá a este temblor se refiere Herndon desde su viaje por el Amazonas, cuando dice:

“El vicario general, un sacerdote inteligente, llamado Joaquín González de Azevedo, me dijo que había tenido lugar una gran sacudida de un terremoto el año 1816. La tierra se abrió en Serpa, una villa abajo de Barra, hasta una profundidad de 3 cuartos de yarda” (91, p. 288).

1817, septiembre 17.—Los oficiales reales D. Manuel del Campo y Larraondo y D. Manuel Alonso de Velasco, pedían al gobernador de Popayán autorización para reparar las casas reales que estaban en mal estado:

“Con motivo de los continuos temblores y principalmente por el espantoso que se experimentó en esta ciudad la noche del

17 de septiembre del año antepasado (1817), han sufrido la mayor parte de los edificios mucho deterioro y estando comprendidas entre ellos las casas reales que sirven de oficina principal de esta ciudad, lo hacemos presente a V. S. para que en su virtud se digne mandar lo que tuviese a bien a fin de que no padezca su total ruina" ( Archivo Central del Cauca, No. 132, Sig. 792).

1819, febrero 5, 4 a.m.—En Popayán se sintió un "Temblor á las cuatro de la mañana, fuerte" (39, p. 53).

1819, febrero 17, 8 p.m.—Volvió a temblar "a las ocho de la noche" (39, p. 53).

1820, junio o julio.—Un oficial de la Legión Británica, en sus memorias, cuenta así lo que tanto le impresionó en Quilichao, Cauca:

"Frecuentes tempestades dañan á los edificios de esta ciudad. Mientras que estuvimos allí, cayó un rayo en la iglesia de San Francisco y abrió la torre desde la flecha hasta el pórtico. También menudean los terremotos, lo que no es raro por lo que el país abunda en minerales. Sufrimos varios durante nuestra estancia, tan largos como violentos. El mayor estalló cuando salíamos de Quilichao, y agrietó el camino en diferentes sitios. Observamos que los caballos y los mulos permanecían, durante la convulsión del suelo, quietos y con las piernas rígidas" (12, p. 213).

1824, diciembre 17, 6:25 p.m. y 11 p.m.:

"El 17, a las 6 horas y 25 minutos de la tarde, y a 14 ó 15 leguas al norte de Mariquita, tembló. Estando en una selva de la cordillera, dice M. Roullin, sentado en tierra fui violentamente sacudido y vi alrededor de mí que los árboles muertos caían con estruendo. Esta sacudida, sin embargo, no se notó en Mariquita; pero el mismo día, a las 11 de la noche, aconteció el temblor más fuerte del año que hizo sonar las campanas" (127, p. 79).

1824, diciembre 31 — 1825, enero 10.—A su paso por Ibagué el Sr. Hamilton refiere la alarma, que le produjo a él y a su compañero Mr. Cade un temblor de tierra:

“La segunda noche que dormíamos en el convento me desperté de súbito al sentir que la cama se movía de un lado a otro como una zaranda, al propio tiempo que se estremecían con ruido extraño todos los muebles y objetos dispuestos en el cuarto. Al llamar a Mr. Cade, quien dormía en la estancia vecina, y preguntarle si había sentido el remezón que me despertara, me contestó que estaba seguro de haber sido un terremoto, mas, volviendo a quedar todo en calma, pasados algunos momentos volví a sumirme en profundo sueño. Al día siguiente, Mr. Cade me dijo que no había podido pegar los ojos el resto de la noche, temiendo a cada momento que el convento se desplomara sobre nosotros. Al preguntarle al juez político la causa de la alarma ocurrida, nos confirmó que había sido un violento temblor de tierra y que muchos de los habitantes, sobrecogidos de pánico, se habían echado fuera de sus casas y pasado toda la noche en la calle. Añadió que durante los últimos dos meses se habían sentido con frecuencia ligeros temblores y que temían sobreviniera de un momento a otro algún tremendo cataclismo, pues el tiempo había estado inusitadamente bochornoso durante los últimos tres meses sin que en todo este lapso hubiera llovido una sola gota en toda la provincia, lo que había acarreado miseria y males sin cuento a los campesinos, quienes habían visto sus sementeras arrasadas por completo. En Honda las clases acomodadas habían salido de sus casas en la población para albergarse en chozas improvisadas en las montañas circunvecinas, tal era el temor de que se repitiera el terremoto. En cuanto a Mr. Cade y a mí, hubimos de felicitarnos de no haber quedado sepultados bajo las ruinas del convento. Tiempo atrás, había sentido un temblor de tierra en Messina, Sicilia, pero nunca tan violento como el que nos alarmó en Ibagué” (90, T. II, pp. 120-121).

1825, febrero 26.—Pocos son los temblores acontecidos en la Costa del Caribe colombiano. Sin embargo, aquí tenemos uno descrito por Élisée Reclus, y que hizo bastantes daños:

“En 1825, 3 siglos después de la fundación de Santa Marta, un terremoto echó por tierra más de 100 casas, produjo daños en la catedral y en 4 iglesias. Desde esta época hasta hoy los montones de ladrillo roto y de escombros no han sido removidos, las ruinas se ven aún, los lagartos aparecen por todas partes; solamente el tiempo ha decorado de arbustos

los muros inclinados y trenzado sobre la alta cúpula de la iglesia mayor una verde guirnalda muy variada de flores amarillas y rojas.

En esta villa así arruinada después del temblor, no vi sino una casa nueva, y los cimientos de un edificio aún no terminado, que debía servir a un gran colegio provincial. La morada del más rico comerciante de la villa, en otro tiempo un verdadero palacio, no ofrecía más del lado del mar que un montón de ruinas; muros derruidos rodeaban el jardín lleno de escombros, pedazos de columnas y de capiteles yacían por el suelo, árboles espinosos crecían en medio de las piedras. A pesar de los restos del desastre de 1825, Santa Marta está lejos de producir en el espíritu la misma impresión lúgubre que Cartagena; las calles son más largas, las casas no derribadas por el temblor aparecen blanqueadas con cal o pintadas de colores alegres, y además la naturaleza es tan bella que arroja un reflejo de su belleza sobre la villa colocada a sus pies, en medio de árboles" (148, p. 96).

1826, junio 17, 10:40 p.m. y 11:45 p.m.—En Bogotá. Esta sacudida terráquea se extendió desde Popayán hasta el norte de Boyacá. De la primera población consta de un:

"Temblor fuerte a las 11 h. 40' de la noche, el mismo que arruinó algunos edificios en Bogotá" (39, p. 54).

De Ramiriquí escribía un párroco condolido, el 19 de junio de 1826:

"En este instante he llegado a la parroquia de Ramiriquí y he encontrado en el suelo la iglesia de ella, reducidos a polvo sus paramentos y a pasta sus vasos sagrados. Asimismo he hallado vencida la capilla del Concejo, único templo en que pueden celebrar los misterios de la religión con la incomodidad que se deja comprender. Esta funesta catástrofe, consecuencia del gran temblor en la noche del 17 del corriente, ha llenado de consternación el alma de estos vecinos" (159, Vol. 22, Nos. 252-253, p. 446).

Por su parte Acosta y Rudolph nos hablan de la sacudida que se sintió en Bogotá (Rudolph debió equivocarse en la fecha):

“El 17 de junio de 1826, sufrió Bogotá uno de los más fuertes terremotos que de memoria de hombres había habido en aquella ciudad; varios edificios se arruinaron” (39, p. 52).

“1826, mayo 17 (?). Santa Fe de Bogotá en Colombia. A la primera sacudida siguió una segunda después de 20 segundos y más fuerte que la primera y la que causó más daños. El movimiento fue tan fuerte que Boussingault lo compara con un bote en la mitad de un mar tempestuoso. Solamente con dificultad logró él, durante la segunda sacudida, ponerse a salvo desde el piso superior de una casa” (163, p. 146).

Los años 1826 y 1827 fueron sísmicamente dolorosos para la naciente república. La Cordillera Oriental, y especialmente el Huila sufrieron las consecuencias de dos fuertes terremotos seguidos por numerosas réplicas. Esta anotación de Camilo Pardo Umaña da una idea de lo que pasaba en Bogotá:

“En 18 de junio de 1826 sucedió el temblor, el que arruinó varios edificios; y en 22 repitió otro fuerte pero más corto, y siguió temblando por más de 6 meses en diferentes días, pero pequeños. Siguió temblando, más de un año, hasta que hubo uno el 16 de noviembre de 1827, fuertísimo que acabó de destruir muchos conventos y casas; y ha temblado hasta hoy, 14 de abril a las 7 y cuarto de la noche, pero pequeño. Ha seguido temblando hasta ayer 11 de mayo que hubo uno a las once y media de la noche” (122, pp. 169-170).

1826, junio 18, 10:40 p.m.—José Manuel Restrepo, testigo presencial, en su diario político y militar, comenta lo que aconteció en Bogotá:

“Junio 18.—Anoche a las 10 y 40 minutos de la noche hubo en Bogotá un terremoto muy fuerte; ha dañado la mayor parte de las casas de la ciudad, aunque ningún edificio ha venido abajo. Los conventos de San Francisco, San Juan de Dios y la Candelaria sufrieron mucho, como también la catedral, mas no pereció ninguna persona. Han continuado los terremotos ligeros...” (158, T. I, pp. 292-293).

“Junio 21. Han continuado los terremotos ligeros, pero hoy a las 5 de la mañana hubo otro fuerte sacudimiento que

ha echado a tierra algunos trozos de edificios y acabado de dañar otros que será preciso derribar. Toda la población está consternada, durmiendo en toldos o en casas de paja, que hay en los alrededores.

Junio 23. Continúan los movimientos de la tierra aunque no con fuerza, y por consiguiente sigue el terror de todas las gentes. Hay noticias que casi todas las iglesias de los pueblos inmediatos están vencidas o han caído. Esta calamidad ha venido a completar los apuros del gobierno a consecuencia de nuestro descrédito exterior y de los movimientos de Venezuela" (158, T. I, p. 293).

En hojas de cultura popular se encuentra también un dato que ayuda a aclarar los destrozos de estos sismos:

"En 1826, un violento temblor sacudió la capital de Colombia, y todos aquellos edificios quedaron vencidos (cabildo y virreinal). Al año siguiente, en el mes de noviembre, se repitió la catástrofe en mayores proporciones. Entonces vinieron a tierra algunos de ellos, y otros quedaron inservibles. (El palacio de gobierno y casi todas las oficinas públicas y cuarteles quedaron inservibles o muy maltratados. "Gaceta de Colombia", No. 919, de 1827). Los escombros quedaron allí afeando la plaza, hasta el año de 1833, en que los hizo quitar el jefe político del Cantón de Bogotá, a fin de cumplir las disposiciones de la cámara de la provincia, que había creado rentas para levantar nuevos edificios" (hojas de cultura popular, agosto 1955, No. 55, p. 16).

Groot, testigo de lo que vio en la capital cuenta en su historia:

"Se anunció la catástrofe por un movimiento de oscilación bastante sensible, que hizo poner en pie á todos los que se habían recogido á dormir; pasados como cinco minutos, vino el movimiento tan fuerte, que no permitía andar á la gente y arruinó algunos edificios, principalmente iglesias, que en la mayor parte sufrieron, arruinándose enteramente las de varios pueblos. Mas no hubo desgracias en las personas, por haber sido prevenidas con el primer movimiento. Toda la gente salió de las casas, porque nadie se creía seguro debajo de techado. Así fue que la plaza mayor y las plazuelas se

vieron inundadas por el concurso de todos los habitantes de la ciudad, gran parte de ellos á medio vestir y otros desnudos, envueltos en las cobijas de la cama. El terror era grande; por dondequiera se oía cantar el santo Dios, y los pecadores ocurrían al tribunal de la penitencia.

A las cinco y media de la mañana del siguiente día se sintió un fuerte estremezón de tierra, que cesó al instante. Ese día nadie hablaba de otra cosa que del temblor: cada uno refería en dónde estaba, cómo estaba, con quién estaba, qué hacía o qué decía al momento del temblor. Todos tomaron cuarteles fuera de sus casas, temiendo que se les vinieran encima, y las familias se repartieron por todas las casuchas de los arrabales é inmediaciones de la ciudad: las de bahareque y paja se pagaban á más alto precio, por la mayor seguridad; sus dueños cobraban hasta una onza por noche, y se salían con sus juncos á dormir á los alares, porque no era de perder tan buena ocasión para sacar plata del miedo. Aquí era la bulla de criados y de criadas y muchachos, entrando y saliendo, con camas, con platos, con trastos, en idas y venidas á las casas para traer lo necesario para comer, para dormir, en aquellas salitas ó tugurios donde se amontonaba todo, camas, platos, ropa, con gran gusto de los muchachos, que cada rato sentían temblar porque no se fueran para su casa: las viejas rezaban; á las mozas les daban convulsiones, y San Emigdio era invocado á toda hora, porque de los santos nos acordamos cuando nos asustamos.

Por más de quince días se estuvieron sintiendo movimientos que, aunque tenues, eran suficientes para mantener á la gente en alarma fuera de sus casas. En todos estos días el trabajo de las oficinas se interrumpió y los negocios sufrieron atraso por mucho tiempo, principalmente en el comercio, pues los de plazos cumplidos se disculpaban con el temblor, porque no hay mal que por bien no venga" (85, T. V. pp. 107-108).

Mallet, autor inglés, que recogió datos de los periódicos de Europa sobre las noticias de Bogotá, hace el siguiente recuento científico:

"10 h. 45 m., p.m.—Santa Fe de Bogotá en Colombia S. A.

Un violento temblor. La primera sacudida fue seguida 20

segundos más tarde por una segunda de mayor violencia y que duró de 40 a 45 segundos. La última tuvo lugar en dirección horizontal de sur a norte. El Sr. Boussingault dice que el primer movimiento fue en esta dirección y duró 8 segundos, y que el segundo fue en dirección de oeste a este, y que luego cambió y se convirtió en un movimiento ondulatorio violento. Como a la media noche se percibió otro pequeño movimiento.

El segundo temblor produjo enormes daños en muchas iglesias y edificios, algunos de los cuales cayeron el día siguiente.

En un lugar desierto en cerro Cedro y una milla al sureste de la población, se agrietó la tierra en una distancia de 211 pies, de cuya grieta salieron vapores sulfurosos. El movimiento fue tan violento que el Sr. Boussingault lo compara al de un barco en mar tempestuoso y dice que con dificultad él bajó las escaleras de su casa durante la segunda sacudida. El pequeño temblor sentido a media noche estaba acompañado de un ruido sordo, proveniente del este. Este terremoto, el más violentamente sentido desde 1805, había estado precedido de una larga sequía y fue inmediatamente seguido de fuertes lluvias. Al tiempo del temblor los cielos estaban nublados y el aire quieto" (107, p. 184).

Ibáñez consigna por escrito lo que refirió el cura de Engativá D. Manuel María Sáiz:

"Se dañaron la mayor parte de los templos y conventos. La iglesia de Guadalupe cayó del todo, y la imagen de la Virgen fue conducida en procesión a la iglesia de La Enseñanza, donde permanece. La ermita de Monserrate quedó inútil por los graves daños que sufrió, y la imagen del Señor fue trasladada a San Francisco después de haberle hecho una rogativa y misión en la plazuela de San Victorino, la que duró cerca de un mes. La ermita del Señor de las Cruces corrió igual suerte, y el Señor se llevó a un hermoso toldo que la devoción de los maderos, le hizo en Fucha, en donde se celebró una misión por los Agustinos calzados, que duró 38 días. Después de esto fue trasladada la iglesia de estos religiosos, mientras se concluye su capilla en el lugar que se tuvo la misión, para cuyo efecto se han recogido algunas limosnas.

Esta iglesia de Engativá se cuarteó a la parte del coro una cosa de bastante consideración.